

Diez años compartiendo viaje

Se cumplen exactamente con este artículo diez años de esta columna, que se empezó llamando “Aula Magna” y luego pasó a llamarse “Aula Tecnológica” (más propia para un Ingeniero de Sestao como yo).

En mayo de 2015 escribí el primer artículo con un título que aún resuena en mí: “Ideas, valores y realidades”. Diez años y más de doscientas historias contadas después, ese triángulo sigue siendo brújula y fundamento. No lo elegí por casualidad. Sigo creyendo que las ideas son imprescindibles para entender el mundo, los valores son necesarios para transformarlo con sentido, y la realidad - siempre esquiva - es el terreno donde ambas se ponen a prueba.

Ha sido una década intensa. Se habían acabado los brotes verdes, y las secuelas de la gran crisis financiera hacían todavía estragos. Hemos atravesado desde entonces una pandemia global, una guerra en Europa, el ascenso de la inteligencia artificial, la explosión de la agenda verde, el desbordamiento de las redes sociales, la fragilidad del modelo de globalización... Por fortuna, también hemos visto avances extraordinarios en ciencia, salud, educación y cooperación.

En estos años he intentado escribir con una doble lealtad: al futuro, para anticipar tendencias; y al presente, a la coyuntura del día a día, para no perder pie. He hablado de industria, de talento, de políticas públicas, de emprendimiento, y de vez en cuando os he llevado también a mis montañas, mis libros, mis reflexiones más personales. Por debajo de todos esos temas, la constante ha tratado de ser la inquietud por el destino de nuestro viaje: ¿a dónde vamos?, ¿qué queremos ser?, ¿cómo deberíamos organizarnos para lograrlo?

Escribir cada quince días me ha obligado a pensar. No a opinar - que es más sencillo -, sino a parar, leer, contrastar, escuchar, ordenar. Escribir ha sido una forma de disciplina intelectual y también de compromiso: con quienes me leéis con paciencia y con quienes me enseñáis con vuestro ejemplo (cuántas grandes historias se escriben en estas páginas cada quincena y leo con atención e interés). También conmigo mismo. No siempre habré acertado en los diagnósticos, pero he intentado siempre ser honesto en los argumentos.

A veces me preguntan si no cansa tanto tiempo escribiendo. Al contrario: el artículo ha sido mi refugio y mi alerta. Refugio, porque en un mundo de ruido he necesitado momentos para el pensamiento sereno. Alerta, porque cada texto ha sido una forma de mantenerme despierto, de no acomodarme. Por eso sigo escribiendo.

Por eso, aprovecho para dejar unas líneas de profundo agradecimiento a Javier Miranda (padre), por darme la oportunidad de empezar a escribir y a Javier Miranda (hijo) por dejarme seguir aportando a esta publicación tan referente para la industria y la empresa vasca. Y también a Jesús Galindo, tantos años compañero de viaje y de página, y a su reciente relevo, Ainara Lozano.

Si ellos me siguen soportando y vosotros leyendo, continuaré mi crónica. Vienen tiempos de cambio, un cambio profundo, una especie de umbral que pondrá fin a la Edad Contemporánea. En los próximos diez años, vamos a redefinir muchas de las certezas que nos han acompañado durante siglos: qué es el trabajo, qué es la verdad, qué es la identidad, qué es el progreso.

Volviendo a aquel primer artículo, os vuelvo a traer la cita de Arizmendiarieta que os dejaba entonces: “Ideas buenas son las que se convierten en realidades”. Esa frase me ha acompañado durante una década, y ya desde antes. Aunque después de haber leído más textos del fundador del movimiento cooperativo de Mondragón, me atrevería a completarla: Las ideas buenas no solo se convierten en realidades. Las ideas buenas también se alimentan de valores. Y solo sobreviven si se traducen en acciones colectivas.

Porque escribir no basta. Pensar no basta. Lo importante es lo que hacemos con eso. Y en tiempos como los actuales, necesitamos más que nunca pensamiento con propósito, y acción con ética.

Sigo creyendo que las palabras pueden preparar el terreno para los hechos. Y porque sigo creyendo que en Euskadi, tenemos mucho que aportar al mundo, podemos ser la cuna del nuevo Renacimiento que necesitamos.

Mil gracias por tu compañía en este viaje. Es lo que da sentido a este, y a todos los demás...